

## UN DÍA ES UN DÍA.

Toda júbilo era la casa de los señores de Bonetillo, matrimonio legítimo con tres niños de diez, seis y tres años respectivamente, y niñera para todo, esto es, para guisar, lavar, planchar y cargar con el mochuelo, o sea con el nene de tres años.

Todo bajo la dirección de la señora de la casa, que era una mujer completa.

Los vecinos de los Bonetillos habían observado, desde las primeras horas de la mañana, ruido inusitado, y voces y animación extraña.

—¿Habrá ocurrido alguna desgracia? —preguntaba una vecina.

—No, porque los chiquillos corrían como si celebraran algún suceso fausto.

—Pues ella no habrá dado á luz—decía la portera, porque estaría yo enterada de su estado, y nadá sé.

—Y el tampoco habrá dado á luz—opinaba el portero.

—No es creíble.

—Que si era fausto el suceso?

Ya lo creo que lo era.

Como que se trataba nada menos que de comer fuera de casa. Un día de fonda ó de restaurant, como le denominaba la señora.

Ast lo habla anunciendo el cabecía de familia (lenguaje de comadronamiento oficial) á todos los individuos de ella.

Para la esposa era un día de regocijo, pero aun más para los muchachos.

Porque como, dijio sea sin perjuicio de los padres, no andaban los comedios muy abundantes en la casa, un día en la fonda era para los chicos poco menos que un día en la gloria.

A las dos de la tarde ya estaban vestidos de gala todos los miembros de la familia, exceptuando al perro, al gato y á un canario auténtico, que aunque también estaban considerados como de la misma, era en segundo grado.

Por cierto que en diversas ocasiones habían observado los chiquillos que el perro y el gato se sentaban uno enfrente del otro y bostezaban en secreto.

Era un duó, no á voces solas, sino á voces sordas.

Y los nenes decían al ver á los concertistas:

—Ya están vomitando el hambre como nosotros.

En cambio, los manjares que saían á la mesa decían: «Comednos.»

Y no solamente por hambre, sino por el guiso y el condimento.

Tenía unas manos la señora de la casa para guisar un arroz á la valenciana y un bacalao yasquiente, que no había otras.

—Qué par de platos!

Sacaban hasta el acento.

En viendo los chicos la paella, de que abusaba un tanto su madre, se llamaban uno á otro, particularmente los mayoretos:

—Chés, ven á comer, que ya ha salido á la luz el arroz.

—Y cuando era bacalao el plato:

—Matillac, bacalao que te tienes.

Si aderezaría bien la madrelós dos platos característicos de dos localidades españolas!

—¿Y el güisado de carne con patatas?

Aquello era chuparse los huesos y los dedos.

El chico segundo preguntaba una vez á su padre, viendo que no había sino huesos y patatas en el plato:

—¿Qué fiacas deben estar las vacas en este tiempo? ¿eh?

—Por qué? —interrogó el jefe de la familia.

—Por que donde tenían antes la carne no tienen ahora más que hueso.

Reconociendo, á pesar de su modestia, la señora de Bonetillo sus relevantes condiciones de habilidad, aseo y economía, solamente en su casa comía á gusto.

Pero un día es un día.

—Con eso aprenderé algún guiso nuevo, porque esos cocineros son demonios que sacan partido de cualquier porquería.

—Si hubiera cada día un centenario de papá... exclamaba el segundo vástago de Bonetillo.

—¿Qué centenario? —corrigió su hermano mayor. —Cumpleaños dirás.

—Es lo mismo.

—Qué bullal! qué algazaral.

Cómo bajaba la familia por aquella escalera.

—Hasta luego, fulana—gritó la señora de Bonetillo, despidiéndose de la portera.

—Y añadió:

—Si viene alguien á buscarnos, que no estamos en casa.

—¡Yá!

Harto sabía ella que nadie había de buscarnos.

Como que nadie los visitaba.

Pero tuvo que justificar lo siguiente:

Que no comemos en casa.  
—Eso es—afirmó Bonetillo—que estamos en el Ingles ó en otro restaurante extranjero.

—Está muy bien; que ustedes se diviertan—dijeron á dilo los porteros.

—A la fonda y la fonda—vocaba los dos nenes mayores, con igual entusiasmo que pudieran decir: «A las armas!»

—Un día es un día, señora, y crea usted que lo que no comemos nos han de dar por comido.

—Es verdad. ¡Vaya, adios!

—Vayan ustedes con Dios. Mira los niños que contentos van! ¡Ángelitos!

Y en cuanto salieron á la calle todos y los perdieron de vista, añadió la portera:

—Qué monos parecen tres chicos de presa. ¡Cómo se conoce que estas gentes no están acostumbradas á comér!

La entrada de la familia Bonetillo en el restaurante, después de un paseo largo para entretenér el hambre y el tiempo, fué como la de Tarzán en Righi Kulin.

Todas las personas que se hallaban en el comedor miraron con asombro á los que llegaban.

Los chicos, lo mismo que en pasos conquistado, saltaban y aullaban.

El segundo de los Bonetillos se sentó de golpe en cuantas sillas desocupadas había al paso.

En una de ellas tentó el sombrero un individuo que comía solo tranquilamente cuando asomaron los Bonetillos.

El chico se dejó caer encima, y el sombrero estalló como un globo lleno de hidrógeno, cediendo á la presión.

—Barbaro! —gritó el caballero, levantándose enfurecido al ver su sombrero de copa convertido en acordeón.

—Eh, poco á poco—objeto el padre del niño.

—Podría usted educar mejor á ese salvaje.

Eso es cosa de mujeres—interrumpió la señora de Bonetillo—y yo se educar á mis hijos, á Dios gracias. No se riuso usted muy personaje cuando tanto chilló por un miserable sombrero.

—Cómo miserable?

—En último caso, se le paga á usted, y en paz.

—Y yo me voy en pelo á la calle?

—Anda, págasele—Repeticía la señora de Bonetillo—y quiere decir que lo que habíamos de gastar en comer se emplea en eso, que nosotros tenemos que comer en casa y no necesitamos venir aquí á matar el hambre como otras personas.

Por fin, se evitó un conflicto; gracias á la intervención del dueño del restaurante y de los camareros.

Á uno de éstos entregó Bonetillo, cuando ya estuvieron instalados él y su familia en otra habitación, treinta reales para que los entregase al caballero como indemnización.

Encargó que el muchacho, más discreto que Bonetillo, no cumplió para evitar un dos de Mayo en el restaurante, y se limitó á devolver los treinta reales á su dueño, diciendo que el otro Señor no los admitía.

Los espectadores del lance riéron á costa del perjudicado y de los Bonetillos.

—¿Qué desean ustedes? —les preguntó el camarero encargado de servirles.

Comer—respondió la señora—que lo demás es tontería.

—Ya me lo figuro—replicó el camarero; —pero yo pregunto si quieren ustedes comer á la lista ó por cubiertos.

—Hombre, cubiertos enteros—respondió el Bonetillo,—yo cree usted que no sabemos comer? Pues aquí donde usted me ve, soy funcionario público.

Y lo era: con ocho mil reales por toda la temporada en Hacienda.

—A cubierto por cabeza—añadió Bonetillo—incluyendo á la chica en la lista.

—¿Cómo es eso de incluir á la chica en la lista? —preguntó conteniendo la risa el camarero.

—Es decir que coma lo mismo que todos.

—Está bien: ¿seis cubiertos?

—No, mire usted—rectificó la Bonetillo—ésta apena come, y el pequeño tampoco, y estos dos con dos cubiertos de niño tiene de sobra.

—Vamos, gun cubierto para los cuatro?

—Eso es, y dos para nosotros: total, tres.

—A qué precio son los cubiertos? De cinco pesetas en adelante.

—Ya pueden ser buenos, ¡caramba! cinco pesetas! —Por supuesto, incluyendo los vinos?

—Sí, señor.

—Ea, pues vengan los tres cubiertos.

—Qué horror de gasto! exclamó la

espiga del funcionario—Si por esta razón no me gusta venir á estos casas. Cuesta un sentido cualquier friolera, y luego si, ma se, descuida le dan llebro por gusto.

—Y viceversa.

En cuanto los chicos vieron aparecer en la mesa los *hors d'œuvres* ó *ardiblures*, según los denominaba el señor de Bonetillo, se lanzaron sobre la presa.

—Como si necesitaran ellos aperitivos.

—Azeitunas

—Mantequilla

—Salechichón

Gritaban agitándose en sus asientos.

—Cillad, niños; ¡Qué vergüenza! Parece que nunca habéis comido en restaurante—dijo el padre.

—Y parece la verdad, opinó el mayoralgo de los Bonetillos—hemos comido bien muy pocas veces.

—Traiga usted otro plato y cubiertos para que coma la chita—recomendó la señora al camarero.

—Pues si come también ésta, ¡buenas noches! —Apunta el Bonetillo segundo.

—A ver.... sientate bien, que te vas á caer.

—Si me siento no veo la sopa.

—Aquí no habrá almohaditas para que éste el chico más cómodo?

—No, mujer; parece que nunca habéis entrado en uno de estos establecimientos.

—Papá, dame de esol...

—Y á mí!

—Y á mí!

—Has dado sopitas al pequeño? —pregunta la madre á la niña.

—Sí, señora; toda la que usted me ha puesto en el plato.

—Vaya, pues bebe tú un poquito de vino después de la sopa.

—Después de la sopa que no has probado replica el niño mayoralgo.

—Imprudente!

De pronto se oyó un «ay!», aterrador.

Es que uno de los Bonetillos, por alcanzar una aceituna, ha derribado la botella del agua en la falda de la madre.

Y ésta, al ver estropeado el vestido de seda destinado á las solemnidades, no pudo contener un grito de horror.

—Te voy á romper un hueso—repitió la señora de Bonetillo, en pie y sacudiendo la falda con tal brío y carencia de consideraciones sociales, que los individuos que ocupaban las mesas próximas pudieron aprenderse de memoria las canillas de la esposa de Bonetillo.

—¡Que siempre nos has de dar mala comida!

—Eso no es mancha—opinó el camarero.

—Vaya usted al cuerno, que ya sé yo que lo es—replicó enfurecida la señora.

—Quieren ustedes más de esto?

—Como no devoremos el plato!—responde el nene segundo.

Después de los postres y cuando los chicos se convencieron, no de que habían comido, que en este asunto eran muy incrédulos, sino de que no había más que comer, se lanzaron á recorrer la sala, derribando sillas y volteando como salvajes.

—Ahora la sección de sport? —murmuró un parroquiano.

—Qué falta de vergüenza! —añadió otro.

Por fin el encargado del restaurante, accediendo á ruegos del público, suplicó al matrimonio Bonetillo que domesticase á los niños.

—No volveremos más á esta casa—respondió indignada la madre.

—Lo lamentaré, porque son ustedes buenos parroquianos—dijo el encargado; pero, ¿qué quiere usted? yo no soy el amo.

—Sí, es claro; usted es un mandado.

El Señor de Bonetillo pagó la cuenta y dió veinte céntimos de propina, por una sola vez, al camarero.

—Un papel para envolver este queso.

—Señora! ¿Se va usted á llevar un queso de Chester?

—No está pagado?

—Como, si quisiera usted llevarse un espejo.

—Yo me llevo el azucarero! —voceaba el mayoralgo.